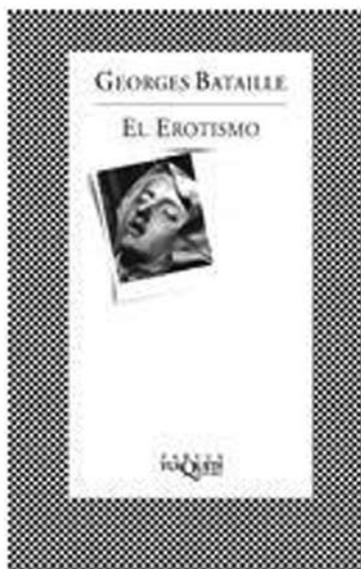


Georges Bataille. *El Erotismo*

Tusquets Editores, Buenos Aires, 2009

Por Ana Blanco y Gabriela Pisano



En 1957 Georges Bataille publica *El Erotismo*. Se trata de un texto compuesto por dos partes. La primera lleva por título “Lo prohibido y la transgresión” y reúne trece capítulos que, según señala el propio autor, constituyen una explicación sistemática de los diversos aspectos de la vida humana considerada desde el punto de vista del erotismo. La segunda, “Estudios diversos sobre el erotismo”, reúne siete textos independientes (fruto de distintos artículos y conferencias) en los cuales se ha trabajado la cuestión.

En el prólogo Bataille señala: “El erotismo no puede ser estudiado sin, al hacerlo, tomar en consideración al hombre mismo” (p12). Este nos conecta con la vida, de la cual la filosofía, al adoptar el punto de vista del especialista, se aleja. Es un objeto imposible que nos lleva al límite, a la cima, al silencio. Bataille no nos ofrece una definición sino una fórmula del erotismo: es la aprobación de la vida hasta en la muerte. Dar una defini-

ción implicaría pensar que el erotismo no es más que una forma particular de la actividad sexual reproductiva, desde esta perspectiva nos privaríamos de ver, señala el autor, la paradoja esencial que vuelve interesante la cuestión: “En efecto, aunque la actividad erótica sea antes que nada una exuberancia de la vida, el objeto de esta búsqueda psicológica, independiente como dije de la aspiración de reproducir la vida, no es extraño a la muerte misma” (p.15). Lo maravilloso, lo atractivo de la reproducción es que encamina hacia la discontinuidad pero pone, al mismo tiempo, en juego la continuidad, nos liga a la muerte. Toda la operación del erotismo busca alcanzar al ser en lo más íntimo, experiencia de intensidad extrema, muy cercana al de la santidad, aunque de distinta naturaleza. “Somos seres discontinuos, individuos que mueren aisladamente en una aventura ininteligible; pero nos queda la nostalgia de la continuidad perdida” (p.19). Nos resulta insoportable la situación

que nos deja clavados en una individualidad que es fruto del azar, una individualidad perecedera. Tenemos un deseo angustioso de que dure para siempre lo que es perecedero, una obsesión por la continuidad primera. El terreno del erotismo es esencialmente el terreno de la violencia, de la violación. Lo más violento para nosotros es la muerte que nos arranca de la obstinación que tenemos por ver durar el ser discontinuo que somos. “En la base del erotismo, tenemos la experiencia de un estallido, de una violencia en el momento de la explosión” (p.98). La actividad sexual cuestiona el aislamiento, cuestiona y por lo tanto debilita el sentimiento de sí. “La crisis del ser es su entrada en el juego”.

Dice Bataille: “En la esfera humana, la actividad sexual se separa de la simplicidad animal. Es esencialmente una transgresión. No es, después de la prohibición, un retorno a la libertad primera. La transgresión es una producción de la humanidad organizada por la actividad laboriosa. También la transgresión, por su parte, está organizada; y, si cambia a través del tiempo, es en tanto que organizado. Me esforzaré en presentar un cuadro del erotismo considerado en su diversidad y en sus cambios” (p.114). Tomando a este párrafo como testigo del planteo general del libro, en lo que sigue intentaremos presentar cómo es que el autor nos lleva a él.

Los hombres, dentro de este esquema, se distinguen de los animales por el trabajo, pero no sólo por él, sino también por la radicación de prohibiciones fundamentales que los constituyen, a saber: la prohibición vinculada a la muerte y la prohibición vinculada a la reproducción. La prohibición, dentro de este esquema, no puede ser separada de la transgresión, ambas categorías forman un núcleo, un nudo. Esto no refiere a la idea de que toda prohibición habilita a la transgresión por defecto sino que lo que se postula es que la propia existencia de una reclama

a la otra. Asimismo, es preciso señalar que la transgresión no es sinónimo de una vuelta a un estado de naturaleza, la lógica que se propone es más compleja y tiene que ver con un juego dialéctico que combina superación y mantenimiento en un mismo momento. Esta dupla transgresión-prohibición aparece claramente en el erotismo incluso, señala Bataille, es muy difícil comprenderlo sin poner a éste como ejemplo.

Los primeros capítulos estarán dedicados a mostrar cómo cada una de las dos prohibiciones postuladas ha tenido lugar a lo largo de la historia, puntualizando en las diferentes formas que han ido adoptando. Una vez expuesto esto, se desarrollará la noción de transgresión y se mostrarán también las diferentes formas en las que se ha presentado.

Pero es preciso introducir otras categorías que resultan centrales dentro del esquema, nos referimos a lo sagrado y lo profano. La sociedad para Bataille no se reduce al mundo del trabajo, al mundo profano, sino que también integra al mundo sagrado, ambos son complementarios. Sagrado aquí refiere fundamentalmente a aquello que es objeto de una prohibición. Lo sagrado no sólo produce temor sino también devoción: los dioses hacen temblar a quienes los veneran, pero los siguen venerando. “La prohibición y la transgresión responden a esos dos movimientos contradictorios: la prohibición rechaza la transgresión, y la fascinación la introduce. Lo prohibido, el tabú, sólo se oponen a lo divino en un sentido; pero lo divino es el aspecto fascinante de lo prohibido: es la prohibición transfigurada” (p.72). Bataille entiende que es sólo desde el punto de vista económico como puede introducirse una distinción más clara. Durante el tiempo profano del trabajo la sociedad acumula y sólo consume lo necesario para la producción. Mientras que el tiempo sagrado es el tiempo de la fiesta, donde lo que habitualmente está prohibido es permitido (incluso

exigido), es la dilapidación la que funda la fiesta. “Si partimos de este punto de vista, la religión compone un movimiento de danza en el que un paso atrás prepara el nuevo salto adelante” (p.73). Las fiestas garantizaban las infracciones, garantizando al mismo tiempo, la vida normal.

Las religiones arcaicas tenían una forma de organización de los dos mundos, el profano y el sagrado, distinta a la que hoy conocemos. Los antiguos, señala Bataille, estaban mucho más vinculados con la práctica sacrificial que nosotros: “El sacrificio, si es una transgresión hecha a propósito, es una acción deliberada cuyo fin es el cambio repentino del ser que es víctima de ella. A ese ser se le da la muerte” (p.95). La muerte rompe con la discontinuidad llevando al ser a la continuidad, a la ausencia de particularidad. El sacrificio y el acto de amor eran, entonces, comparables. Ambos ponen en juego la continuidad, la violencia, revelan la carne. Las orgías eran signos de la perfecta inversión del orden. No deben leerse, señala Bataille, a partir de la falta de pudor ni desde la idea de una animalidad relativa de los arcaicos.

Los modernos tenemos dificultades para reconocer la santidad de la transgresión, el cristianismo ha mostrado repugnancia para con ella. “Aunque era de origen divino, en el orden de cosas cristiano (prolongación de la mitología judaica), la transgresión ya no era el fundamento de su divinidad, sino el de su caída” (p.127). El cristianismo empujó a lo sagrado maldito al ámbito de lo profano dejando como sagrado sólo lo bendito. El erotismo, entonces, cayó en el territorio de lo profano y fue objeto de una condena radical, la evolución del erotismo sigue un camino paralelo al de la impureza. “La asimilación con el Mal es solidaria de la falta de reconocimiento de su carácter sagrado. Mientras ese carácter fue evidente para todos, la violencia del erotismo podía llegar a angustiar, o incluso a repugnar,

pero no se la asimilaba al Mal profano, a la violación de las reglas que garantizan razonablemente, racionalmente, la conservación de los bienes y de las personas” (p.130).

En la antigüedad la transgresión era lícita, a ella se le oponía una prohibición, pero su levantamiento era posible, siempre que se respetasen ciertos límites. En cambio, con la llegada del cristianismo se postulan las prohibiciones como absolutas. Aparece la siguiente paradoja: *el acceso a lo sagrado es el Mal y, al mismo tiempo, el Mal es profano*. Estar en el Mal y ser libre, en el mundo profano no rigen las exigencias de lo sagrado, no sólo fue una condena, sino una recompensa para el culpable. La voluptuosidad se sumergió en el Mal, ésta era en esencia transgresión. “Una vez rechazado el levantamiento ritual de la prohibición, se abrió paso una inmensa posibilidad, en el sentido de una libertad profana: la posibilidad misma de profanar” (p. 133). Queda, entonces, el retorno a la degradación

Si bien aquí hicimos una suerte de racconto básico de cómo se encadena el texto, la riqueza del mismo ha quedado, lo sabemos, completamente desfigurada. Pero aun así, nos contentamos con haber acercado algunas de las ideas centrales, fundamentalmente prohibición-transgresión y sagrado-profano que entendemos en él se articulan y resultan insumos interesantes para la reflexión sociológica.

La perspectiva de Bataille nos enfrenta a una interrogación profunda que incomoda o trastoca algunas de las ideas con las cuales nos encontramos más familiarizados, quizás porque, utilizando las palabras del autor, estamos más habituados a pensar como especialistas que a interrogarnos por la existencia, que nos lleva a experimentar los propios límites del lenguaje.

Que Bataille nos resulte ajeno no implica necesariamente que veamos en él sólo un ex-

céntrico que nos enfrenta con objetos bizarros. Bataille nos invita a recorrer los márgenes pero no por fascinación o mera diversión sino por una preocupación que tiene que ver con la profundidad del pensamiento, una apuesta por la búsqueda de sentidos. Los márgenes, para este autor, explican algo, aún sin poder decirlo, nos enfrentan al silencio profundo donde resuena la imposible totalidad. Aquí se nos

presenta una apuesta teórico-metodológica fuerte. Creemos que una lectura atenta de sus textos posibilita encontrar cuáles son las huellas que sigue, cuáles son las torsiones que introduce y cuáles son esas torsiones en las que otros incursionaron. Abrir el juego a los ecos y huecos en los que resuenan Durkheim y Hegel, Lacan y Foucault, entre otros.